

« con impaciencia tener el consuelo de ver y abrazar en Roma al « Príncipe hereditario vuestro hijo, á quien ya miramos como la « pupila de nuestro ojo, así como el instrumento de que tal vez « se sirva la divina Providencia para consolarnos abundantemen- « te de todo lo que hemos sufrido durante estos doce años tan la- « boriosos de nuestro pontificado. »

La aurora de este día tan suspirado por el Pontífice y el rey de Polonia apareció por fin el 27 de noviembre de 1712 en el que el Príncipe, de edad de diez y seis años, abjuró el protestantismo en manos del P. Salerno; pero apenas había llegado esta noticia á oídos de los extraviados alemanes y sajones, cuando reunen sus esfuerzos con el objeto de aterrar á Federico Augusto, y obligar á su hijo á declarar nulos los actos consumados en Bolonia. Opónense á sus proyectos el Papa y los Jesuitas; y deseando arruinar del todo sus esperanzas, deciden ambos que marche á Viena el P. Salerno, encargado de negociar el enlace del Príncipe con una de las archiduquesas de Austria. Amigo este Jesuita del príncipe Eugenio y del conde de Stahremberg, no tarda en disponerlos favorablemente con respecto á esta union, tan indispensable á la unidad católica; y mientras que el emperador Carlos VI suscribe á su demanda, acude el P. Guarini en nombre de la Santa Sede, con el objeto de acelerar el desenlace de un evento tan feliz para él. Ya la religion católica había pasado á ser la de la casa de Sajonia; puesto que el Emperador acababa de exigir como condicion absoluta el que fuesen educados todos los hijos en el seno de la Iglesia romana. Los Jesuitas entre tanto, que tan poderosamente habían contribuido á obtener este triunfo contra la herejía, conociendo que, para hacerle fructificar, era indispensable usar de algunas consideraciones, empeñaron al Emperador y á Federico Augusto á promulgar la libertad de conciencia en favor de los sectarios; celebrándose en seguida el enlace del Príncipe con fecha 20 de agosto de 1719. Pero si Salerno había sabido manejar tan perfectamente los ánimos en circunstancias tan delicadas, que, uniéndose los Luteranos sajones á los Católicos, le felicitaron por su moderacion, había también trabajado tanto en favor de la unidad, que deseando el rey de Polonia y el príncipe Eugenio ofrecerle un testimonio público de gratitud, suplicaron al Papa que le elevase al cardenalato, como efectivamente lo verificó en 19 de noviembre de 1719.

Seis años antes acababa de recompensar el mismo Papa, *motu proprio*, los servicios del Jesuita Tolomei, obligándole á aceptar el capelo, y el 30 de setiembre de 1720 llamaba á otro Padre á la misma dignidad. Era este el Jesuita Álvarez Cienfuegos, que, unido por los vínculos de la mas estrecha amistad á Juan Tomás Enriquez, el célebre almirante de Castilla durante la guerra de sucesion, salió en compañía suya, cuando, nombrado embajador en Paris, concibió una audaz estratagema, y en vez de acudir á su destino, se encaminó á Portugal. Consagrado en cuerpo y alma á los intereses del archiduque de Austria, que mas adelante pasó á ceñirse la diadema imperial bajo el nombre de Carlos VI, después de verse escogido por este Príncipe para desempeñar elevadas funciones diplomáticas en las cortes de Madrid, Lisboa, Londres y Holanda, obtuvo, á instancias del mismo, la investidura de cardenal. Empero este triple nombramiento, realizado por un mismo Pontífice, suministró nuevas armas á los antagónicos de la Sociedad, que, sin tener en cuenta las exigencias políticas y las voluntades imperiales ó reales, que hacian de su gratitud un obstáculo á la renuncia de los honores tan recomendada por el Instituto, la acriminaban de haberse desviado de su objeto. Asustáronse también los Jesuitas al ver sacar sin interrupcion del seno de su Orden estos tres príncipes de la Iglesia, y resolvieron tácitamente no exponerse en adelante á unos favores que comprometian la esencia de su fundacion; y efectivamente, el P. Álvarez Cienfuegos fue el último cardenal Jesuita antes de la supresion.

Pedro el Grande había también, á instancias del emperador de Alemania, franqueado la frontera de Rusia á los discípulos de Loyola; y aun, si se ha de dar crédito á varios documentos inéditos, él mismo los llamó á su imperio por un acto espontáneo de su voluntad: pero sea como quiera, lo cierto es que residian en él por los años de 1719, y que disfrutaban cerca del Czar un crédito que parecia acrecentarse á favor de sus triunfos. Este Príncipe, que se había propuesto conducir á su pueblo de la barbarie á la civilizacion á la manera que se adiestra un soldado en el ejercicio, y que ha dejado un inmenso reflejo de gloria en los anales rusos, había también lidiado con tantas voluntades salvajes, viéndolas doblegarse ante su prodigiosa inteligencia, que después de haber vencido en Pultawa á Carlos XII de Suecia, no

conocia obstáculos de ninguna especie. Semitártaro aun en sus medidas, aunque lleno de genio en la concepcion de sus planes civilizadores, cambiaba á su albedrío las costumbres y las leyes; y siendo la fuerza su último raciocinio sobre un pueblo que estaba todavía en la cuna, sirvióse de ella para triunfar de todas las preocupaciones antiguas. Habiendo formado el proyecto de introducir entre estas mejoras, dictadas por la violencia, y que no debían producir resultados felices hasta mas adelante, la de exterminar de todo punto la religion griega, consultó á los Jesuitas sobre las modificaciones que se debían ensayar; pero tuvieron estos la desgracia de comunicarle unas ideas que discordaban enteramente de las suyas. Veía el Czar por sí mismo los buenos efectos que un número insignificante de Padres diseminados por las ciudades y pueblos de su imperio obtenían por medio de la educacion; pero pareciéndole demasiado lentos á su febril impaciencia, creyó que semejantes consejos ocultaban un lazo; y como por otra parte disentía en varios puntos de política con el emperador Carlos VI, aprovechó esta ocasion para desterrar de sus Estados á los Jesuitas que él mismo había llamado. Visto que se habían mostrado poco favorables á sus innovaciones religiosas, se apoderó de todos sus papeles con el objeto de cerciorarse por sus mismos ojos hasta dónde había llegado su oposicion; pero á pesar de que esta investigacion no produjo resultado alguno, en nada obstó esto para que los adversarios de la Compañía se hayan dejado decir, que si Pedro el Grande se propuso á expulsar á los Jesuitas, fue porque no halló otro medio mas conducente á la seguridad de su persona, y tranquilidad de su imperio.

Durante este intervalo se habían renovado mas de una vez los jefes del Instituto, y habían tenido lugar varias congregaciones generales; si bien es verdad que estas elecciones llegaron á evocar tan pocos sacudimientos entre los Padres diseminados por todo el globo, que con dificultad se podrá echar de ver el cambio de personajes. Tienen un gobierno electivo en que cada una de las asambleas puede poner en juego todas las pasiones y todas las ambiciones; y sin embargo, todo se realiza en ellas con calma, todo está en ellas tan sabiamente combinado y arreglado, que la muerte del titular no acarrea mas disturbios interiores ni mas pretensiones, que la eleccion de un sucesor.

En 26 de noviembre de 1681 falleció el general Pablo Oliva,

en medio de los debates suscitados por el derecho de regalia, después de haber gobernado el Instituto durante el periodo de diez y siete años. Sugeto de una piedad y una destreza consumadas, y que, por su correspondencia con los reyes y príncipes, se había visto mezclado en todos los acontecimientos de su época, se decidió, hácia el último periodo de su vida, á dar á luz, como en efecto lo hizo, todas sus cartas dirigidas á los emperadores de Alemania, á los soberanos de Francia, España y Polonia, á las reinas y duques de Saboya, Baviera, Mantua, Módena, Toscana, Brunswick, y el landgrave de Hesse, que trataban con incontestable superioridad todos los puntos mas delicados relativos á los hechos contemporáneos; y que habían tratado ya de publicar otros desnaturalizándolas. Reunida la congregacion en el Gesu el 21 de junio de 1682, siendo vicario general el P. Noyelle, y hallándose entre los profesos los PP. Daniel Bartoli, Nicolás Avanein, Esteban de Champs, Pablo Fontaine, Casati, Domingo Marinis, Octavio Rubeo, Martín Espazza, José de Seyseas y Uladislao Vid, obtuvo el P. Carlos Noyelle, natural de Bruselas, en el primer escrutinio todos los sufragios excepto el suyo. Este Jesuita, que no participaba de las brillantes cualidades de sus predecesores, pero que, á fuer de modesto y prudente, pasaba á ser entre Inocencio XI y Luis XIV un activo conciliador, ó un hombre por lo menos que, inspirando á los Padres franceses sentimientos de moderacion, trabajaria por amortiguar los enconos y neutralizar su rechazo, debió semejante unanimidad de votos á esta idea consoladora.

Antes de separarse la Congregacion, en 6 de setiembre de 1682, promulgó y sancionó cincuenta y seis decretos. Noyelle, cuyo generalato duró solamente cuatro años y medio, se había visto precisado á atravesar duras y embarazosas pruebas: comprometido, á pesar suyo, en las contiendas del Papa con la Francia, aunque forzado á obedecer las órdenes de aquel, había sabido manejar los ánimos con tal arte, al paso que toleraba á los Jesuitas su libertad de accion, que la navecilla de la Compañía pasó sin tropezar entre estos dos escollos. Perteneciente á una familia distinguida, aunque sumida á la sazón en la indigencia, prometíanle, sabida su amistad hácia sus parientes, devolverles los bienes y una elevada posicion, si consentía en abrazar con mas ardor los intereses de la Francia: «No tengo mas parientes, contestaba con

«sencillez, que los hijos de la Sociedad.» El 12 de diciembre de 1686 falleció Noyelle, después de haber nombrado vicario general al P. Marinis. Este último convocó la asamblea general de los profesos para el 21 de junio de 1687: el 6 de julio del mismo año fue elegido general el P. Tirso Gonzalez por cuarenta y ocho votos, de ochenta y seis.

Esta eleccion habia sido grandemente disputada. Gonzalez, antiguo doctor de la universidad de Salamanca antes de su ingreso en la Compañía, se habia granjeado en España una gran reputacion de elocuencia. Disponíase á marchar al África para predicar á los mahometanos, cuando la provincia de Castilla echó mano de él enviándole á la décimatercia congregacion general. Teólogo de mérito al par que vigoroso adversario de los Jansenistas, atacó la doctrina del probabilismo, como si la mayor parte de sus colegas no hubiesen adoptado este sistema. Verdad es que habia tropezado con inmensos obstáculos en la publicacion de su obra; obstáculos que se presentaron tambien en el momento de su eleccion: pero puesto á la cabeza del Instituto, no pareciéndole oportuno condenarla á la oscuridad, la entregó á la prensa, aunque declarando que no escribia como General de la Orden, sino como teólogo. Habia compuesto además otra obra, dirigida particularmente contra las cuatro proposiciones emitidas por la Asamblea del clero en 1682; obra que pudiera haber excitado algunas alarmas, al paso que provocar algunas repugnancias en el pensamiento de Luis XIV, y que sin embargo no lo hizo, ora porque el tiempo habia logrado calmar la primera efervescencia, ora porque habian convenido ambas cortes en que no se debia, por medio de teorías impracticables, sembrar la desunion en el campo de la Iglesia. El mismo Gonzalez, á pesar de su sincera adhesion á las doctrinas ultramontanas, aconsejaba los medios de dulzura, sin que, en un generalato de diez y ocho años, se apartase un solo instante de este principio: hubiera podido, es cierto, manifestarse un teólogo irascible; pero comprendiendo que, como jefe de la Sociedad, le quedaban aun grandes deberes que llenar, se consagró á su cumplimiento con una firmeza llena de reserva y de prudencia.

La Congregacion confirmó, en sus cargos de asistentes, á Pablo Fontaine, por la provincia de Francia; á Pascasio Casanova, por la de España, y á Antonio Rego, por la de Portugal; eligiendo

en seguida á Julio Balbi para la asistencia de Italia, y á Eusebio Truschez para la de Alemania.

Debiéndose reunir cada novenio la asamblea de los profesos con arreglo á los términos del breve expedido por Inocencio XI, pasó Tirso á convocarla para el 15 de noviembre de 1696; hallándose en ella los PP. Luis Albertini, Jacobo Wilh, visitador en Bohemia, Pedro Dozenno, Próspero Parascoso, Manuel Correa, Alejandro Zampi, Ignacio Diertius, Tartas, Pedro Zapata, Vicente Grimaldi, Gregorio Sarmiento y Juan Persall, provinciales de Nápoles, Francia, Cerdeña, Portugal, Venecia, Flandes, Bélgica, Guiena, Andalucía, Sicilia, Castilla é Inglaterra, con los PP. Miguel Ángel Tamburini, y Francisco Guérin, secretario de la Orden. Los profesos votaron veinte y nueve decretos, de los que solamente el octavo tiene alguna importancia histórica, puesto que acepta la proposicion hecha por los Padres de Bohemia, relativa á publicar á sus expensas la recopilacion de las Constituciones del Instituto, conocida bajo el nombre de edicion de Praga.

El 27 de octubre de 1705 exhaló el último aliento Tirso Gonzalez; y Miguel Tamburini, á quien el General habia nombrado vicario, convocó la congregacion general para el 17 de enero de 1706, acudiendo á ella los PP. Guillermo Daubenton, Miguel Letollier, Federico Lamberti, Andrés Waibl, Mauricio de Antonellis, Ignacio Alleman, Valentin Zuech, Luis Montes de Oca, Juan de Gomis, Curtio Sestio, Juan Dez, Alberto Melcht, Salvador Rivadeo y Miguel Diaz. Verificado el segundo escrutinio el día 30 de enero, reunió Tamburini sesenta y dos votos, después de haberse visto empatado con Daubenton, y fue proclamado General. Nacido en Módena el 27 de setiembre de 1648, habia corrido el nuevo electo la escala rigurosa del Instituto, dejando en cada una de sus gradaciones una reputacion de virtud, moderacion y ciencia, que jamás se desmintió en los veinte y cuatro años que duró su gobierno.

En esta misma época llenaba el P. Francisco de Gerónimo, mas conocido en Italia bajo el nombre de Francisco de Girolamo, la ciudad y el reino de Nápoles con la fama de sus virtudes. Infatigable misionero, habíase consagrado este Jesuita, como san Francisco de Regis y Maunoir, á la salud de su patria, pasando á ser su regenerador. Nacido en Grottaglia el 17 de diciembre de 1642, abrazó el Instituto de san Ignacio con tal fervor, que

desde el instante mismo de su ingreso en él se transformó en ardiente promotor de la caridad, y enemigo declarado de la ociosidad y del vicio. Habiéndose creado un género de locucion popular, ponía al alcance de aquel pueblo de Lazzarone, tan expansivo é impresionable, todos los tesoros de su alma; pasando en la ribera de Chiaia, y á la faz de un sol que enerva las fuerzas, á revelarles la necesidad de la penitencia y el amor al trabajo. Siguiendo paso á paso el ejemplo de san Vicente de Paul, se dedicó desde luego á instruir á los aldeanos y campesinos; consolando como él á los indigentes y enfermos; pasando á rescatar los cautivos del poder de los infieles; conduciendo la reforma á los calabozos y presidios, y enseñando á los que la justicia humana habia infamado en su existencia, que habia otra vida de que podian participar por medio del arrepentimiento. Y no se limitaba el Jesuita á teorías inútiles y estériles: visitaba á los ricos para enseñarles á socorrer á los pobres; si bien es cierto que se dejaba ver en los hospitales con mas frecuencia que en los palacios. Así transcurrieron los dias del P. Francisco entre los afanes de las misiones realizadas en la Pulla y Nápoles; misiones que no interrumpió hasta el día de su muerte. El justo que, segun la expresion de san Bernardo, habia vivido con paciencia, moria con júbilo, y lleno de virtudes y buenas obras espiró el 11 de mayo de 1716, á la edad de setenta y tres años. Habia sido amado durante su vida, y fue honrado en su muerte; y habiéndose por su intercesion obrado una multitud de milagros, Benedicto XIV le declaró venerable en 1751; beatificóle Pio VII en 2 de mayo de 1806, y Gregorio XVI le colocó por último en el número de los Santos en 26 de mayo de 1839.

## CAPÍTULO XXXI.

Propónese Luis XIV modificar el Instituto.— Motivos de su exigencia.— Inhibe á los Jesuitas franceses toda comunicacion con el General de su Orden.— El Soberano y los cinco Provinciales de Francia.— Carta de Luis XIV á los Jesuitas.— Desiste de su proyecto.— El *pecado filosófico* impugnado por Arnauld.— Esta doctrina es condenada en Roma.— Lucha entre el arzobispo de Reims y los Jesuitas.— Pasa este Prelado á ser el blanco de los sarcasmos de los Jansenistas, y de las respuestas de los Jesuitas.— Los PP. Daniel y Gerberon.— El libro de las *Máximas de los Santos*.— Fenelon y el P. Lachaise.— El Mont-Luis.— Quesnel, jefe de los Jansenistas después de la muerte de Arnauld.— *Reflexiones morales* del Oratoriano.— Mr. de Noailles.— Es nombrado este último arzobispo de Paris.— Apóyase en los Jansenistas.— El *Problema eclesiástico*.— Acusa á los Jesuitas de ser sus autores.— Prision de Quesnel y Gerberon.— Complot tramado por ellos para cambiar el orden establecido.— Es protegido Rollin por el P. Lachaise.— La bula *Vineam Domini* condena el silencio respetuoso.— Protestan las religiosas de Port-Royal.— Causas de la destruccion de Port-Royal-des-Champs.— Ordena Clemente XI la supresion de este monasterio.— Muerte de Lachaise.— Es nombrado el P. Letellier confesor del Monarca.— Retrato de este Jesuita.— Demolicion de Port-Royal.— Parte tomada en estos actos por el P. Letellier.— El arado y los milagros obrados en los sepulcros de los Solitarios.— Correspondencia de Fenelon con el P. Letellier.— Cambio de papeles.— Excita Fenelon á Letellier á ser mas severo.— Sale por fin de su inaccion.— El abate Bochart y los obispos de Francia.— Cólera del cardenal de Noailles.— Lanza un entredicho contra los Jesuitas de Paris.— La marquesa de Maintenon y el Cardenal.— Este pide que el Papa corte la cuestión.— Escribe Luis á Clemente XI solicitando una bula decisiva.— Institúyese una Congregacion con el objeto de examinar las *Reflexiones morales* de Quesnel.— La bula *Unigenitus*.— Infortunios de Luis XIV.— Acusan al P. Letellier de las calamidades ocurridas en Francia.— Trata de hacer depouer al Cardenal.— Los Jesuitas en Paris y las provincias.— Los Padres residentes en Rennes y el Parlamento de Bretaña.— El P. Barbereau en Ruan.— El P. Bouhours y el duque de Longueville.— El P. Tournemine, Caboyé y el duque de Antin.— Bourdaloue y Lamoignon.— El P. de Champs y el gran Condé.— El P. La Rue y Boileau.— El P. Martineau y el duque de Borgoña.— El P. Matthieu, La Bourdonnaye y el duque de Orleans.— El P. La Tremouille y los pobres.— El P. Sanadon y el duque de Saint-Simon.— El P. Julio Brignole.— El cardenal de Bouillon en el noviciado de los Jesuitas.— Colbert, Louvois y el P. Verjus.— Juan Crasset y los jefes del Parlamento.— Santeuil, Robin y el P. Commire.— La mujer y los Je-